

El Brujo

(De un libro en preparación
sobre Juan Vicente Gómez)

Escribe: MARIO H. PERICO RAMIREZ

CAPITULO I

Sí señor... Sí señor...

Carajo... cómo me han defendido estas tres sílabas. Defendido y ocultado, ocultado y mimetizado, mimetizado y organizado. Detrás de ellas he podido agazaparme como un camaleón. He reptado entre sus espacios. Me he confundido en medio de sus silencios y de sus entretelas. Me he puesto la máscara, el antifaz, la túnica inconsútil del redentor, la careta del idiota, la cortina de fatuo, el telón del pensador, la barrera del ignorante.

Carajo... cómo me han servido estas siete letras toda mi vida. De niño y de joven, de hombre y de viejo, de enfermo y de sano, de cuerdo y de loco. A su amparo, bajo su protección, he calculado, he medido, he pronosticado, he profetizado, he insultado, he violado, he perdonado, he asaltado, he desvirgado las conciencias y las mujeres, los apetitos y los deseos, las ambiciones y las pretensiones, a los inútiles y a los útiles, a las vírgenes y a las vagabundas. Y aquí me tienen, enfermo y fatigado pero vivo, vivo y altanero, con una personal admonición frente al futuro de este pueblo venezolano, intentando decirle por todos los medios a mi alcance que puede ser un altavoz del porvenir si deja de pensar, es decir, si supera sus condiciones híbridas de macho y de antimacho para volcarse con todas sus fuerzas sobre su geografía y mi voluntad a fin de hacerla rendir lo máximo.

La gente se ríe o se sonríe o se silencia o se espanta al escucharme mascullar estas palabrejas, al oírme murmurar mi muletilla se atortola el pobre y se sobresalta el rico. Mis criados, mis amigos y mis enemigos paran la oreja y un río de aguas nerviosas les corre por sus venas. Siento en mi piel sus reacciones y sus erizamientos y me solazo con ellas porque quiere decir que mi poder se sostiene con estos elementos nimios y sutiles que constituyen en el fondo el piso de todo poder.

Sí señor... Sí señor...

Qué hondo, cruel y tremante es este dicho mío. De punta a punta se le escucha caminando por toda mi patria. Se desliza como un vaho peligroso sobre las cordilleras y los altozanos del Táchira, se evade en Mérida y en Barinas, se ahueca en la provincia del Coro, suelta velas en Maracaibo, se abraza con la historia en Carabobo, vive en Caracas y en Cumaná, se dobla en el Apure, se simplifica en La Guayana, se afana en Barcelona y quiere salir de viaje en la isla Margarita a contarle al mundo que allí, en la tierra del gran Bolívar, hay un viejo hosco y solitario que se anuda sus cojones en las madrugadas para darle vigor a esta tierra de centauros que hoy gracias a mis cuidados se ha convertido en masa de arcilla obediente a mis mandatos.

Sí señor... Sí señor...

Se puede hacer historia con una frase y si esa frase es repetida hasta la saciedad por varias generaciones no sólo hace historia sino que además la modifica. Las palabras son los hombres que sin contar con las ideas logran esquilmar a la humanidad para hacerla entrar en razón, para coronarla de gloria o de dolor, para forzarla a parir leones o corderos, para ponerle los cuernos de lo que debe ser y así conducirla al más allá como víctima o como bandera. La palabra es la vida y yo me ahorré las palabras y la vida durante toda mi existencia. Me ahorré la palabra para guardármela como un avaro solamente para mí, para mi vida íntima, para las cuatro paredes de mi ser, para ese castillo inviolable que soy yo. A las palabras ni las decía ni las pronunciaba ni las vocalizaba pero las acunaba con amor y con dolor muy dentro de mí para soltarlas cuando me convencía de que estaba solo, solo y solamente en presencia de este Juan Vicente Gómez que es diferente a todos. Solo y confiado de que nadie podía burlarse o contagiarse de mi verborrea o de mi palabrería. Solo y a mis anchas con los dedos pues-

tos sobre mis labios para que me fueran saliendo emparejadas y mansitas así como me salían las terneras en mis potreros, mancornadas y lucientes, gordas y hermosas con su pelo brillante por el agua y su carne prieta y nueva, repleta de tendones y de fibras bondadosas.

Sí señor... Sí señor...

Pedro Cornelio mi padre me enseñó a pronunciar a la brava su escaso vocabulario. Fue mi maestro en este sentido con el rebenque entre sus manos luciéndole como una espada sin funda. Así... patiabierto y soplado como un gran sapo me metió por la boca sus palabras y me las pasó de largo entre mis dientes y me las hizo tragar por la garganta y además me obligó a que no las vomitara para que se quedaran en mis entrañas como carbones encendidos. Pobre Pedro Cornelio, no sabía lo que me estaba dando de comer. Ignoraba que estas siete letras iban a darle a Venezuela un capataz, un déspota, un malparido dictador que le pondría sus espuelas en los ijares. Pobre Pedro Cornelio, se imaginaba que sencillamente estaba haciendo de mí un niño obediente y sumiso cuando en verdad con cada lamparazo que me daba, abría un surco de miel y de mierda entre mis arterias que con el correr del tiempo se convertiría en más mierda que miel. Pobre Pedro Cornelio.

La Mulera cuando yo tenía seis años no era una hacienda, ni el lugar donde nací, sino un contubernio de emociones contenidas, de gestos malogrados, de sonrisas desdibujadas, de lágrimas rotas. La Mulera era una parrilla donde yo me asaba a fuego lento con las brasas de dos seres a quienes, al uno llamaba padre y a la otra "mama" a secas. Mi madre hubiera podido llamarse Asunción o Josefa o Encarnación, no me interesaba su nombre puesto que su nombre carecía de gusto para mí, Juana o Sara me daba lo mismo. Madre era y así la reconocí y con eso me bastaba y me sobraba. De sus entrañas vine y pasé por ellas seguramente como una quemazón sin fuego y sin cenizas. Me parió sin afanes, sin sustos, sin alegrías, sin besos y sin ternuras. Me parió a palo seco, con las pupilas brillantes y los labios resecos y las manos juntas y el pelo empantanado de sudor y de pujos. Me parió para salir de mí y poder volver a su trabajo y a su cocina y a sus quehaceres lo antes posible. Me parió y tuve su leche y sentí sus dedos envarados y fríos recorrer mi cuerpo sin la preocupación de detenerse en él para averiguar si esa piel mía, si esos poros míos, si esos músculos

míos, tenían algo que le suscitara una ensoñación o una congoja. Fuí dado a luz tras el empujón y el quejido y caí en la frazada que la comadrona me había preparado como hubiera podido caer en el suelo seco y polvoriento de la alcoba. Lo mismo daba. Mi madre pasó por mi lado apretando las sienes sobre el escapulario de los días y se me quedó junto mucho tiempo para recordarme y convencerme de que el hombre tiene que aprender a ser su propia madre y también su propio padre para evitar condolerse de las ausencias y de las sombras de sus progenitores.

Hermenegilda Chacón se llamaba. Sumisa, silenciosa, atareada, Hermenegilda se levantaba con los gallos y se acostaba con la luna. Nunca de sus labios salieron cinco palabras juntas. El monosílabo le labraba la garganta y le sacaba el aire de sus pulmones. Mestiza tirando a india su cara se asomaba entre sus cabellos renegridos como si fuera una piedra tallada. Ojos chiquitos y puntiagudos, frente corta, pómulos empinados sobre las mejillas, nariz roma, boca insatisfecha y un cuerpo menudo gravitando entre el tiempo y el espacio como si sus pies procuraran no tocar la tierra para poder pasar sin ser oída por nadie. Esta y nada más fue mi madre. Su estela de soledad cundió de sombras mi parábola. De sombras sin definir, sin estilizar. Todo lo que de una madre se puede desprender no se desprendió de la mía y así, en puntillas, dando tumbos, castigando el viento que me rodeaba, fuí avanzando en los años a ciegas, sin voces, sin acentos de dulzura, sin tonos de cariño, sin caricias afanosas, sin los cuidados de nadie. Así, dolorido y lo que es más grave aún adolorido sin saber por qué, di vueltas como una peonza sobre mi propio yo, hasta fatigarme.

Mi padre Pedro Cornelio se apoyaba en las muletas de su genio y de su temperamento para dar trancos sobre el mundo. Alto y fornido se templaba hacia arriba como un árbol escueto. Duro y sin tallar ni por dentro ni por fuera acopió sus fuerzas para darle fin a su tarea. El trabajo desde niño lo redondeó igual que a un manojo de músculos y nada supo de la vida, a menos, de que considerara que la vida era esa: la que le daba a su esposa y a sus hijos. Casó joven y engendró joven a mis hermanas, a mis hermanos y a mí. Se apegó al pejugal con las uñas y los dedos como si fuera de él nada ni nadie pudiera existir. Laborioso, trabajador, se afanó por tomar las riendas del tiempo desde los amaneceres hasta los anocheceres y se fue consumiendo

como un gran volcán que de tanto estruendo y lava quedara simplemente reducido a una boca resoplante.

Pedro Cornelio me dio la primogenitura desde la cuna. Y me la dio a trancazos, sin miramientos, sin delicadezas, sin remilgos. O la tomas o la dejas, pero si no la tomas te la obligo a tomarla y si la dejas, te parto de parte a parte hasta destruirte. Grito, grosería, sudor, esfuerzo, estos fueron mis primeros alfabetos. Ni la A ni la O ni la B ni la C las aprendí en la escuela, las tuve que recoger en el cafetal, en la huerta, en el potrero, en la noche cuando la soledad pellizcaba mi carne para tormentarla, bajo el sol sofocante o en la mitad de la lluvia o en la helada agresiva, allí pude tomar la cartilla de mis pocos conocimientos y abrirla de par en par y estudiarla con la devoción del náufrago que toma su tabla de salvación más con las garras de su miedo que con las manos de su entendimiento. Sobre el taburete de mi propia conciencia puse el pizarrón de mi abecedario y la memoria, en mí privilegiada, me ayudó para recitarlo sin equivocaciones y lo leí de corrido sobre el cuero tenso de mi vida. No podía darme el placer de titubear porque las ampollas de mis pies me recordaban que debía seguir adelante.

Pedro Cornelio me hizo hombre. Si ser hombre es ser lo que soy. Pedro Cornelio me evitó tener niñez y poseer infancia y digo que me evitó estos estados del alma y del cuerpo, porque él tampoco los había conocido, luego, sus hijos no podían tener algo diferente a lo que él había tenido. Apenas natural la reflexión.

En el centro de este par de seres me acuclillé yo. Me acuclillé no por temor sino por indiferencia. Ninguno de ellos me brindaba nada. Las veinticuatro horas del día las pasaba del alarido de mi padre al susurro de mi madre, de la orden al silencio, del gesto duro a la ausencia de gestos, del manotazo a la mirada huidiza, del lapo a la impresionante cavilación de las manos quietas de mi madre. Esta situación me devolvió mi propia imagen y me la devolvió doblada, triplicada, cuantificada. Yo la recibí ganoso de que nadie me la quitara nunca. ¿Qué me quedaba por hacer sino entregarme a mí mismo? ¿De dónde podría sacar fuerzas sino de esta cantera inagotable de fuerzas que soy yo?

Hay que ser justos, sí señor... sí señor... Mi madre y don Pedro me dejaron una herencia: el amor a la tierra. Y desde niño me convertí en un obseso de la posesión de ella.

Hay algo singular en este amor desenfrenado, algo torvo, anormal, horadante. Algo que me muerde y me espeluca las vísceras y no me deja tranquilo. Una especie de fiebre, una temperatura casi sexual y arraigada me va subiendo por los talones hasta llegar a mi nuca y en ella se instala con la terquedad de un diablo y la malevolencia de una maldición. Y esa fiebre especiosa y voraz me lame los testículos como si en ellos se hubiera aposentado la lujuria y la insatisfacción de todo poseso. He sido un macho trepador y acervo y el sexo para mí tiene su lugar y su sitio entre los cajones de mi destemplanza, pero la tierra me invade, me domina, me absorbe de tal manera que mis preludios de crueldad siempre, siempre han comenzado por la rasquiña y en encontronazo con sus entrañas.

Me recuerdo cuándo y cómo fue la primera vez que supe de su angustia. Recorriamos con mi padre, en uno de esos recorridos rutinarios, la finca de La Mulera. El a caballo y yo descalzo y desmirriado a pata limpia. Agarrado de la cola de la bestia trepábamos por una cuesta con el hipo y los pedos del animal acompañándonos. Don Pedro rezongaba entre dientes no sé qué cosas y yo me afilaba los caninos mordiendo una caña dulce. En un altosano Don Pedro frenó su cabalgadura y yo lancé por lo bajo un resoplido de descanso. La vista era hermosa, eso no me importaba, jamás he sido un convencido de la belleza del paisaje, me tiene sin cuidado, aún más me desazona. Pero como la belleza existe pese a mis repudios dejé que mis pupilas se escurrieran por la faldamenta que triscaba a nuestros pies como el lomo inquieto de un ciervo. Pasé sin mucho entusiasmo los ojos sobre la verdura impresionante que formaban los árboles y los pastizales y me detuve en ella, dándome la orden interior de no asombrarme por lo que diariamente se me entregaba como un regalo.

En el Táchira los picos de los montes se divierten combando sus filos y amasando sus aristas en pequeños senos dadivosos y erguidos. Las vegas se dejan tomar por los extremos de sus pliegues por una fuerza interior que las estira y las descomplica. El nudo de Los Andes en el Táchira, parece que se afloja y se distiende queriendo ser menos asombroso y menos duro. Ríos y pastizales se endulzan de ramas y de gorgoros y avergonzados de ser apenas una pronunciación retardada de los cielos, respiran con sus costillas al aire y mancomunadamente se ofrecen a la luz ahitos de soledad y de silencio.

La tierra en el Táchira es insolente y no se queda quieta, se mueve, se encoge, se distorsiona, toma el paisaje por el cogote y lo reta a una lucha abierta y empuja la geografía más allá de lo usual para obligarla a que camine con ella, junto con su sandalia formidable, millas y millas. La tierra en el Táchira es semilla y es surco, tiene la pequeñez de la primera y el cortante perfil del segundo. El labriego, el campesino es su dueño y es su siervo. Su dueño porque se monta sobre ella como sobre una hembra y la estruja y la muerde y la explota y la explora; su siervo porque su alma vive en función de sus caprichos y la requiebra como un amante insatisfecho que le reprochara su infecundidad y su malquerencia.

La zona Andina de Colombia se destuerce al llegar al Táchira. Se destuerce y se afina. Parece que el ceño adusto de los santanderes se relajara un tanto y optara por limpiar su cara de cicatrices y de costurones. Unos zaguanes anchos y procelosos castigan la ineptitud de las montañas para hacer amigos y penetran con la seguridad de los que saben a donde van hacia los valles de Torbes y Uribante. San Cristóbal los recibe para dejarlos pasar hacia las llanuras de Barinas. Entre tanto el río Táchira repleta de azulejos y de algarabías las planicies comprendidas entre Pamplona y La Grita. Por el norte, el Táchira se descuelga en las aguas del Lago Maracaibo y los Andes dejan de ser gigantes congelados para dividirse y subdivirse en arrumes de montes y de colinas que facilitan la lectura de los cielos fantásticos que los vigilan.

Desde pequeño me aprendí las rutas y los caminos de mi región. Con los ojos cerrados puedo dibujar sus contorsiones y sus escapes. De niño mi planta supo de sus dificultades y de sus escondrijos. Un mapa de contornos precisos se me quedó grabado en la mente contándome cómo, dónde y cuándo sus senderos y sus jorobas se acercan al final de sus formas. El Táchira es mi destino y mi serpiente, lo supe cuando la leche de mi madre se me atragantó en las agallas por la voracidad de mi apetito, desde ese entonces el Táchira se me instaló en el vientre para formar conmigo un solo estómago.

Pero volvamos a mi cuento. Ya dije que ni el paisaje, ni la belleza de la tierra me importan o me impresionan. Los sé ciertos y evidentes y eso me conforma. Mi reconcomio con la tierra se aguza con el deseo de hacerla mía, de saberla mía, de enten-

derla mía, de acostarme sobre ella porque es mía, de escupirla, de pisarla, de doblegarla a sabiendas de que me pertenece. Eso sí vale y eso sí valdrá.

Mi pensamiento central en esa mañana se centró desgarradoramente sobre el misterio de sus actuales dueños y me dije para mis adentros: algún día y en esta vida mortal y no en la otra voy a saborear el placer de levantarme sobre mis propiedades, de caminar ocho o quince días seguidos para volver a acostarme sobre la pulpa o el cascajo o el terrón de lo que es mío. Eso tiene que ser así. Y así será. Yo solamente puedo amar lo que poseo, lo demás, que lo amen los demás, a mí me queda el recurso de apretar entre mis dedos, el pétalo o la espina de mis intereses.

Con la casa de La Mulera me sucedió siempre lo que me pasaba con mi madre, que yo sabía que era mi madre pero no la sentía como tal. Grande, destartalada, abierta a la lluvia y al sol, sin gracia, desnuda de adornos, repleta de costales, de útiles de labranza, de azadones, de cinchas, de sudaderos, de palas de secar café, de mugre, de sordidez, de cuartos iguales con camas de lona iguales y de pedazos de vitelas prendidas en las paredes con espinas de cabro. Un corredor ancho dándole la vuelta y unos techos a medio caerse con goteras húmedas permanentemente constituían todo su ajuar.

Y la casa de La Mulera no me disgustaba, me parecía natural y mía.

Soy y he sido hombre de gustos simples, espartanos o mejor aún sin gustos y sin ánimo de lujos. No concibo malbaratar el dinero en cortinas, en alfombras, en cuadros, en brocados. A diferencia de muchos vivo a ras del suelo en materia de placeres y de adornos. La casa de La Mulera era en fin de cuentas la imagen fiel de mi padre, de mi madre, de mis hermanos y mía. Seres simples, escuetos, sin vida interior, sin otro afán que el diario sustento, sin pretenciones diferentes a la de hacer plata y más plata como se pudiera, como lo pintara la vida. Almas agrestes, primitivas que se asomaban al mundo chatas de punta a punta y deseosas de pasar por la existencia cargadas de pequeños menesteres, de minúsculos sacrificios, de mediocres entregas que carecían de la grandeza suficiente para constituirse por sí solas en dolores de cabeza personales o familiares.

Yo soy el producto de una raza de labradores infatigables, soy la mezcla de cualquier español que un buen día desembarcó en esta América con una mano adelante y otra atrás. Es posible que ese indiano llevara en sus alforjas una o dos medallas de cualquier santa maltrecha, tres camisas sucias, un libro sagrado y un cinturón de cuero mordido por las sales del mar. Es posible también que ese español viniera de Aragón o de Galicia o de Castilla dónde la pobrería se pringa en la sangre como una epidemia y se aferra a ella con la esperanza de no abandonarla jamás. La pobrería del emigrante ha sido y será igual en todas partes, es baja, diminuta, sórdida, se observa en las uñas de las manos y en las uñas de los pies, se mira en la barba descuidada, en los dientes podridos, en las piernas flojas y en el abdomen en trance de ser una vejiga inflada y porcina, colgante y grasosa.

A la pobrería y a la infelicidad del noventa y nueve y medio por ciento de los españoles que vinieron a estas tierras se les sumó el cretinismo y la ignorancia de nuestros aborígenes y el mestizaje que nació con esta unión formó un farallón de ineptitudes y de vicios que hoy deambula ávido de éxitos por estos países. Ese español desgarrado y hambriento se arrojó por estos lados con cualquier india y dio como clarín de victoria unos hombres y unas mujeres sujetos al trajín y a la angustia de tener que vivir mal y aparejados.

Mi apellido no tiene antepasados de renombre o de alcurnia. No cuenta con un árbol genealógico. Mi apellido es común y corriente, es sinónimo de pueblo, sin memorias heroicas ni galardones mentirosos. Mis abuelos y mis tatarabuelos fueron unos don nadie dispuestos a luchar a brazo partido para que el pan de cada día no se les escapara de sus bocas. Mis abuelos hicieron unos centavos y los amasaron con la tierra, con la arena de sus viscisitudes, con el agua de sus desfallecimientos y los guardaron debajo de la cama o los escondieron en un hueco de cualquier pared o se los metieron en el alma para poder sacar de allí la veta económica que les permitiera a sus hijos no morir de hambre. Esos fueron mis antepasados: unos don nadie. De esa nada surgí yo y surgí rampante y azaroso, sórdido, mezquino y silencioso, hambriento eso sí de resarcirle a todo ese clan de andrajosos su miseria y algo más para que en el más allá o donde estuvieran, se murieran de risa viendo como uno de sus tantos nietos se puso las botas y clavó las espuelas en

esta tierra americana muy hondo y además se dio el placer de andar parado en dos pies, no como ellos que tuvieron que vivir fluctuando entre el cuadrúpedo y el simio para que la vida y sus congéneres los aceptara y los compadeciera.

Esa es mi revancha contra este mundo. Por eso soy lo que soy y por eso muelo diariamente con mis dientes y muelas a los hombres para convertirlos en harina, en polvo, y ofrecer esa harina y ese polvo a los que me antecedieron con el apellido Gómez como holocausto eterno y como venganza, en todo caso en homenaje a esas facciones y sombras desconocidas y a mis mostachos inclementes.

Aspiro a que mis abuelos indios y mis abuelos mestizos se mezclen en la otra vida en un jolgorio permanente y me observen y se den empujones de contento y se agarren sus mandíbulas hirsutas y se aprieten sus barrigas y se estremezcan de la risa al verme actuar en este escenario, que yo no lo escogí, para su único y exclusivo solaz, para que sus esqueletos bailen la danza macabra de los pordioseros en la otra vida y se pongan erguidos sobre sus huesos mondos y lirondos, las miles de sortijas de oro y los pendientes de piedras preciosas y los ganchos trabajados por artistas de renombre que guardo en mis cofres y que tengo en mis tesoros secretos. Esas joyas no las tengo para mí, de nada me sirven, las he recogido con paciencia para que los espíritus de los millares de Gómez que me dieron esta carne y estos tendones se diviertan con ellos porque en esta vida tuvieron que comer como buitres, beber como hienas y vestirse como miserables.

Para don Pedro Cornelio, mi madre, mis hermanas y yo éramos unos simples sirvientes, unos criados sin sueldo. Y así lo aceptábamos. Mi padre no podía hacer diferencia entre un trabajador de las fincas y mi persona, por ejemplo, y me daba el mismo trato que al primero. Su mente estaba condicionada para no hacer diferencias entre sus hijos y sus siervos, y de la manera más natural le daba a su trato con la familia la misma y dominante relación con el resto de la gente. El transcurrir de los días y de las semanas y de los meses, no me disgustaba. Ese tiempo tenía para mí una rara y atractiva sugerencia que sin minar mis potencias personales conseguía darles una capa de disciplina tensionada y permanente. Las horas, manchadas por la rutina se deslizaban insensibles a través de los años.

El día en La Mulera comenzaba a las cuatro de la madrugada. El bronco sonido del cacho nos despertaba a todos. El cachero era uno de tantos escogido dentro de la manada de semovientes a la cual pertenecíamos. Tenía eso sí que poseer el sentido de la armonía y de la precisión y se le enseñaba desde pequeño a tocar el instrumento para que interviniera en las diversas ocasiones y en los múltiples acontecimientos de la hacienda. El repique de las campanas no lo conocí en mi niñez y hoy aún se me hace extraño el escucharlo. Mi oído estaba y está acondicionado para alertar en mi cuerpo sólo cuando percibe la hueca resonancia de un cacho bien tocado. No sé perezear, no entiendo cómo las personas cuando tienen que levantarse pasan por un proceso lento rumbo a la realidad. Mis reacciones son instintivas, rápidas, elásticas. Antes que el cachero se llevara a sus labios la punta del cuerno yo ya estaba con los ojos abiertos y listo a saltar de la cama de lona en la que me acomodaba. Los mismos pantalones de dril me servían semana tras semana, la camisa me la cambiaba cada ocho días y las alpargatas sucias de polvo o de barro, según el tiempo, se ofrecían a mis pies con la listeza del que sabe acomodarse a la forma que le espera.

Familia y peones se confundían antes de las cinco de la mañana en la cocina. El café tinto, cerrero y con panela se pasaba de mano en mano, hirviendo y en grandes tazones y mientras el fogón humeaba y el caldo de carne con cilantro borboteaba en las ollas, mi padre ya estaba dando órdenes y distribuyendo al personal en los distintos sitios de su trabajo.

Juan Vicente... mi nombre se le soltaba entre la boca como un ladrido de mastín.

Juan Vicente... vaya con Juancho y otros tres al potrero de la Esmeralda y comience desde allá la roza y el desyerbe. Con la boca ardida y un pedazo de carne entre los dientes, agachaba mi cabeza dándole a entender que estaba listo. Las preguntas sobraban entre nosotros y los silencios se imponían por la necesidad de la acción inmediata... Y vea Juan Vicente... llévase a ese muérgano del Eustaquio para ver si le enseña a coger bien el machete.

Dos hermanas y dos hermanos constituían conmigo la tribu familiar. Mis hermanas copiaron de mi madre, su longitud en los

quehaceres domésticos y su capacidad entrañable para vivir ocupadas. Nunca las ví manos sobre manos. Atareadas como hormigas se pegaban a las faldas de mi progenitora las veinticuatro horas del día, hasta dormían en su cuarto y con los ojos bajos y los labios apretados fomentaban con la rapidez de sus movimientos una especie de aureola que les cubría sus cabezas en hondas multicolores. Mis hermanas se casaron y tuvieron hijos y nietos y a esos hijos y a esos nietos los mantuve a prudente distancia, ayudándoles claro está, pero obedeciendo a un mandato interior de mi conciencia que me ordenaba cuidarme de la parentela menuda y rabiosamente impertinente.

Eustaquio y Juancho fueron algo más que mis hermanos. Fueron mi sombra y mis tentáculos, mis uñas y mi pensamiento, mi prolongación y mi destino, mi tentación y mi esperanza. Adornados con algunas cualidades me seguían como perros sin amo. En ellos el ámbito fijado por don Pedro les caló mucho más que a mí. Su indiferencia de muleros y su incapacidad para dar afecto, les horadó sus caracteres y se los lesionó de por vida. Ellos tenían que encontrar en quién depositar lo que llevaban por dentro y lo depositaron en mí y yo para ellos fuí hermano y padre, maestro y discípulo, amo y siervo, señor y vasallo.

Juancho era molondro y quieto. Con una quietud peligrosa que se le escurría por entre la comisura de sus labios en forma de baba anhelante. Quietud fiera, intransigente, quietud de miedo y de rabia, quietud que cuando intentaba quitársela de encima se le notaba el esfuerzo para volverla a recibir. Sumiso al grito y rebelde a la caricia Juancho perdió los estribos de la vida por seguirme sin preguntarme nada y yo lo aproveché. Su confianza y su lealtad me tuvieron en suspenso y cuantas veces tuve necesidad de ellas me las entregaba sin recibos ni documentos. Eustaquio era un caso. Un caso hasta biológicamente distinto al nuestro. Yo nunca he sido una lámina de hombre ni siquiera atractivo como ser humano. Mi cuerpo es talvez lo único fácil de retener en la memoria, mi cuerpo y mis ojos. Con el primero me entendía a las mil maravillas, respondía a mis deseos con la velocidad de un animal. Firme y seco cuando joven, grueso y blando cuando viejo, se tornó en mi sustituto interior para guiarme con prudencia por los vericuetos y las viscisitudes.

A mi cuerpo le enseñé a acatar las complejidades de mi espíritu. Y de ese manojito de violencias y de improvisaciones que

tuve en mis primeros años conseguí el más fiel, repentista, educado y doméstico ovillo de reacciones. De niño y de joven se me entregó un gato montés y ese gato fue doblando el lomo, educando sus reflejos y encausando sus emociones. Mi cuerpo y mis ojos convivían dentro de un fraterno entendimiento. El diminuto círculo de mis pupilas se agrandaba o se cerraba cuando los resortes y los alambiques de mi biología así lo indicaban. Y el ojo artero del campesino Juan Vicente se fue fijando en la vida y en los hombres como una hiedra posesiva y retorcida. Y el ojo quieto del campesino Juan Vicente se trepó por la existencia, insinuante y quisquilloso, venciendo resistencias y acaparando horizontes.

Gómez Juan Vicente es mi amigo y de vez en cuando mi enemigo. He atrapado con él las exuberancias y poquedades de un reino controvertido y acuciado por múltiples acechanzas. Gómez Juan Vicente me sigue y me persigue como un faldero de hosca pelambreira y mandíbulas babeantes, sus uñas y sus fibras son las mías, solamente, que él las usa bajo el cuidado de mis premoniciones y de mis templanzas. En mí han coexistido el animal con el hombre y esa coexistencia ha sido unas veces pacífica y otras restallante y difícil. Vivo de mis instintos, de mis olfatos, de mis humores, de mis repentinos y enloquecidos encogimientos de todo ser primario y esos instintos y esas compañías me han colocado al borde de mil pequeñas locuras y de mil grandes arrebatos.

Qué maña la mía, vengo hablando de mis hermanos y me topo conmigo y emprendo los topetazos contra mi carnadura. Me refería a Juancho y a su difícil condición humana y lo pensaba enlazar con la cinta de colores de mis afectos pero es mejor juzgarlo, solo y simple, para evitar darle más dimensión de la que tiene. Juancho, con toda y su cercanía para conmigo no lograba quitarse una sombra que le turbaba los ojos, de cuando en cuando, de niño y de muchacho esa sombra se le alejaba de él por meses, casi por años, de hombre le rodeó sus formas y le impidió ser como todos nosotros. Me impresionaba mirarlo de cerca y todavía me impresiona el corte de su recuerdo colgado en una esquina de mi vida. Juancho mordió el anzuelo de la mariconería y se lo tragó entero. No lo supe hasta viejo y eso me dolió. Me aguanté las náuseas y los vómitos al comprobarlo pero se me salió del alma y me arrancó el corazón.

Eustaquio era otra cosa distinta. Vivaz, listo y liso como un azogue. Mono, casi pelicolorado, las pecas le salpicaban el rostro como puntos suspensivos. En nada se parecía a mí. Ni en el alma ni en el cuerpo. De él se escapaba un almizcle de crueldad y esa crueldad se plantaba furibunda sobre los pelos lacios de su cabeza. De facciones rotundas su perfil se burilaba sobre el aire con la precisión de un pico de águila. Su alegría y su cólera, primos hermanos de su temperamento, se abrían camino dando tropezones y peinillazos. Y sin embargo Eustaquio atraía. El raro y singular imán que emanaba de su cuerpo le conseguía más fácil las sonrisas que las lágrimas y él lo sabía y se aprovechaba de ello dando menos de lo que muchas veces recibía pero enrolando con brazos invisibles la cintura de aquellos que se le acercaban.

La sangre es un botín de piratas y de asesinos y la sangre común tumba y derrota la cercanía de los parentescos. Un hermano es un ave rara colocada junto a uno para darle rabieta o producirle erizamientos. Estos dos tipos me sollaron las entrañas con su sola presencia y yo no podía hacer otra cosa diferente que doblegarme a las punzadas de mi corazón como una rama de árbol nuevo. Y me doblegaba y me doblegué cuantas veces fue necesario para ampararlos, para cubrirlos con mi sombra, para acercarlos mi aliento y para manifestarles no mi amor, sino mi obligada cercanía. A veces me pesa tantos afanes padecidos por ellos, pero viéndolo bien esto debía ser así y así fue.

Fuí creciendo, desmenuzando el tiempo entre mis dedos ñatos, tomando cuerpo y enjundia. De los doce años me puse en un salto en los quince y de los quince sin saber cómo me trepé a los veinte. Allí me detuve un rato para palparme, para saber qué era por fuera, para mirar qué había dentro de este zamuro joven y callado.

¿Dar detalles de mi niñez? ¿Complacerme relatando las primicias de una infancia limpia y suave? Sería una mentira, una gran mentira y carezco de la suficiente imaginación para repintar una vida como mi vida, con una niñez digna de recordarse, apreciada para quererla, para detenerme en ella, para dibujar sus ciclos y contar sus niveles y sus podredumbres y sus miserias porque nada hay tan sucio como una infancia igual a la mía.

Por pudor no empleemos la palabra sucio, digamos más bien tan poco amable. Contentémonos con poner en el lienzo las opi-

niones de un campesino analfabeta bregando por encontrar acomodo dentro de una familia como la mía. Con un padre como don Pedro Cornelio, con una madre como doña Hermenegilda, con unos hermanos como Juancho y Eustaquio, con unas hermanas como las que yo tuve. Y veamos cómo los trazos de ese campesino se difuminan, se contorsionan, brincan y rechazan la seguridad de los tintes, se acobardan ante las pinceladas fuertes, se esconden y prefieren reintegrarse en la nada para que no se los pueda localizar, ni captar, ni siquiera ponerlos en sitio seguro.

Los que me miran hoy con rabia, con odio, con rencor o con indiferencia no tienen la capacidad de devolver el tiempo que ha cruzado sobre mis sienes y tampoco les importa hacer esta cabriola. Me ven como luzco en la actualidad. Con las estrellas del poder en mis manos, con las arrugas de la autoridad en mi cara, con mi paso cancinero y corto, y mis ojos miopes y mi vientre abultado y mis manos canijas, pecosas y caratejas, enfundadas dentro de mis eternos guantes y mis botas y mis espuelas y mis látigos y todo ese continente cerrado, ausente, fugitivo e impreciso, que me acompaña.

No sé ponerme en el trabajo de quitarme ropajes y dejarme transformado en ese envoltorio de mugre y de ansiedad que fui yo a los diez, a los quince, a los dieciocho años. Envoltorio que nada entendía ni nada comprendía fuera de la necesidad imperiosa de comer o de beber o de dormir. Envoltorio sin lágrimas, seco, andando con los costales de su angustia cargados al desgaire sobre sus hombros. Envoltorio raquíptico y empeñoso de labrar las horas con la cuchilla de su trabajo para que su padre lo volviera a mirar con algo de cariño. Envoltorio que se movía como un títere frente a los ojos de su progenitor para darse ínfulas de su acuciosidad y escarbar con rabia la limosna de una sonrisa de ese ídolo muisca que lo engendró, sin darle un solo tirón de orejas bondadoso. Envoltorio que sudaba y rabiaba solo y que se tendía en las tardes cuando la faena ya había terminado sobre la hierba de una colina cercana a su casa para espiar los pasos de la madre, cuando ésta tuviera que salir a recoger el agua de la quebrada y volar, sin aliento, hasta acercarse a ella y tomarle con amor el chorote o la múcura que llevaba para llenársela con sus propias manos y cargarla hasta la puerta de la cocina y quedarse observando las manos de esa mujer para no

recibir nada de ella, sino un gesto entre cansado y distante, que intentaba darle las gracias.

¿Juan Vicente Gómez esperanzado en recibir caricias de sus padres? La risa se acumula encima de la pregunta y mis venezolanos seguramente la soltarán, con esa aparatosa imprudencia que tienen para que la carcajada se pervierta en estruendo. Y mis venezolanos la sueltan para contaminar al vecino y se repiten la pregunta en voz alta y se burlan de solo pensar en verme niño y no les cabe en la cabeza semejante absurdo. Berriondos, como si yo fuera una mole de piedra o un bulto de cemento o un saco de papas o una carga de estiércol. Berriondos, si esas caricias que no me dieron fueron en verdad las responsables de los cojones que arranqué, las culpables de las manos que corté, ellas y solo ellas, o mejor la ausencia de ellas, fue lo que me llevó de jeta a destruir cuando tenía quince años, las patas de las arañas, las alas de las moscas y el pico de los pájaros, a sangre fría. Ellas y solo ellas, o mejor la ausencia de ellas, venezolanos míos, fueron mis llagas ocultas, las que tapé con mi crueldad, con mi sevicia, las que barnicé con los colores del arco iris para disminuir los tonos oscuros de mis bellaquerías.

Para que sufran, venezolanos míos, yo fui niño. Y lo vamos a ver.